



SEIS ESCALAS de un periplo americano

Vivian **Martínez Tabares**

El segundo semestre, pródigo en festivales y eventos en Latinoamérica, fue para mí en 2018 ocasión extraordinaria de (re)conocimiento y r(encuentros) profesionales en seis de ellos, a lo largo de tres países. En apretada síntesis reseño lo más impactante vivido.

COLOMBIA, JULIO Y AGOSTO: GESTOS POR LA PAZ

Llegar a El Carmen de Viboral para el XXIII Festival Internacional de Teatro El Gesto Noble, del 20 al 30 de julio, fue sumergirme en un singular fenómeno popular. El evento, que celebró veinticinco años de fundado –dos ediciones se malograron por dificultades económicas–, moviliza en pleno al municipio antioqueño de cuarenticinco mil habitantes. En 1999, cuando El Carmen estaba declarada zona roja, el festival tomó su actual nombre para reconocer la voluntad de artistas locales y visitantes por entregar su trabajo, a pesar de todo. Y el lema de esta cita “¡Un escenario posible para imaginar la vida!” reafirma al teatro como espacio de paz y humanismo.

Antecedido por la procesión de la Virgen del Carmen, que baja por la calle principal cada 16 de julio y rodea la plaza central, el Festival dedica una jornada al Carnaval de Comparsas por la misma ruta. Este año con diecisiete, en las que se mezclaron las organizadas por grupos teatrales con las de gente común: familias, jóvenes, señores y señoras de la tercera edad, e involucraron alrededor de mil personas. Y durante diez días, como cada año, la escalinata al aire libre del parque principal Simón Bolívar se transformó en una enorme platea frente al escenario portátil por el que desfiló una veintena de agrupaciones, con obras infantiles, de títeres, danza, teatro, conciertos y orquestas bailables.

74

75

Aunque la localidad solo cuenta con una sala teatral, en la Casa de la Cultura Sixto Ángel Gayo, enclave del Instituto de Cultura, y que es la sede del Teatro Tespys –organizador del Festival con Kamber Betancur al frente–, acuden grupos del nivel de La Candelaria, Matacandelas, Hora 25, Esquina Latina, y foráneos como Malayerba, el Teatro Rodante de Colima y el Guiñol de Guantánamo, convocados con el propósito de ofrecer amplia diversidad a los espectadores. Se sumaron un café teatro y un parque educativo, mientras se construye el complejo que dotará a la localidad de tres nuevas salas. En total hubo veintiuna funciones de sala y veinte de calle, incluidas las presentadas en veredas campesinas.

Mientras andaba la plaza, colmada de espectadores de diversas edades y estratos, el espíritu participativo me recordó otras citas latinoamericanas: el joven y pujante Festival Internacional de Artes Vivas de Loja, Ecuador, que conocí en noviembre del 2017 y ya con tres ediciones, y el Festival del Caribe, Fiesta del Fuego, que acoge Santiago de Cuba a inicios de julio, nacido en 1981 como Primer Festival de las Artes Escénicas de Origen Caribeño, hoy un encuentro de todas las artes, con grupos portadores de la cultura popular como protagonistas y con 38 citas.

En El Carmen de Viboral aprendí más del teatro y la vida colombianos, escuchando a los ponentes de las charlas Maestros de Obra, cuyo título estimula reflexiones sobre el oficio. Allí expusieron Carola Martínez (Hora 25), Félix Londoño (El Trueque), Juan Carlos Agudelo (Asociación Cultural Casa del Silencio), Camilo Jiménez (Nemcatocoa), Orlando Cajamarca (Esquina Latina), Jorge Libreros (Jabru), Anselmo Ríos (Nybram), Sandra Zea (Casa Taller Teatro), Hildebrando Florez (Tecoc), Alexander Duque (Clepsidra), Jorge Iván Orozco (La Terraza), María del Carmen Cortez y Francisco Lozano (Teatro Rodante), Cristóbal Peláez (Matacandelas), Enrique Espitia (D.C. Artes) y Johan Velandia (La Congregación Teatro). El diálogo, pautado por la tríada: teatro, carnaval y memoria, abordó el duelo y la fiesta, herencias propias y foráneas, testimonio y evocación poética, raíces originarias y expresiones costeñas, cultura urbana y antidotos contra la violencia. El Gesto Noble fue reconocido unánimemente como instancia cálida de encuentro y energía positiva, al que todos quieren volver.

Caminando por El Carmen percibí cómo el festival ha contribuido al desarrollo local, con nuevos establecimientos de servicio y un clima comunitario de pertenencia.

Hubo un homenaje a Mónica Camacho y Crispulo Torres, fundadores de Tecal, cinco exposiciones, presentaciones de las revistas *A Teatro* y *Conjunto*, una conferencia de Wilson Escobar sobre el teatro re-mediado, y varios talleres, entre los cuales dicté uno de crítica.

Cuando pregunté a Kamber Betancur qué le faltaba a El Gesto Noble, me respondió que mayor decisión del Estado para considerarlo un evento nacional, para que al apoyo municipal se sumen más recursos, teniendo en cuenta el respaldo artístico que recibe de prestigiosos grupos.

De su XXIII edición recuerdo la impresionante función de *O marinheiro*, de Matacandelas, en el cementerio, sede también para el Teatro Rodante, de Colima, México, con *A todos nos toca*,¹ ambas celebraciones poéticas en las que el espacio y la atmósfera nocturna aportaron al discurso teatral. También, la libérrima versión de *Antígona* que hace el Teatro El Trueque con *El insepulto, yo veré qué hago con mis muertos*, de estremecedora actualidad; la apuesta gestual –con lo no dicho– y el sueño de un país diferente en *Kokoro*, de Casa del Silencio, que heredó del TEC la tradición de foros; la búsqueda intercultural de Esquina Latina; la poética sensorial de *El corazón de la cebolla*, de Malayerba, en cruce de técnicas actorales sobre un trasfondo que recuerda a Cézanne y Hopper. Y la despedida a Diego Sánchez, a quien vi haciendo *Hechizerías* con Matacandelas, luego embalando atrezzo, incansable, y con quien compartí la cena final poco antes de su regreso a Medellín, sin sospechar que sería la última.

Mi memoria guarda también la fuerza de la escena, con la sala teatral abarrotada de niños irradiando energía vital y júbilo, mientras en el piso superior se dirimía justicia, en una audiencia contra sicarios convictos por sus crímenes.

Camino al aeropuerto con Cristina Marchán, de Malayerba, el chofer nos despidió profético: “Van a volver”, y nos brillaron los ojos.

Del Gesto Noble me fui a Bogotá, invitada a la Cumbre Nacional Arte y Cultura por la Paz, la Reconciliación y la Convivencia, del 2 al 5 de agosto. Gracias a la iniciativa de la actriz, directora, poeta y activista política Patricia Ariza, al frente de la Corporación Colombiana de Teatro y con la colaboración de veinticinco organizaciones culturales, académicas y sociales y apoyo del Ministerio de Cultura, el evento fue una suerte

¹ Con autoría de Francisco Lozano Moreno, apareció publicada en *Conjunto* n. 189, oct.-dic. 2018.

de continuidad para la Cumbre Mundial de Arte y Cultura para la Paz de Colombia, que en abril del 2015 contó con numerosos invitados extranjeros, y en la que también tuve la suerte de estar.²

Esta nueva cita se concentró más en la participación nacional y fue convocada con el propósito de “cambiar la cultura de guerra por la cultura de paz”, para mostrar cómo el arte y la cultura son instrumentos eficaces para remplazar la exclusión, el odio y la venganza que han alimentado más de cincuenta años de guerra, y suplantarse prácticas violentas y actitudes excluyentes que ponen en peligro la construcción de la paz, luego de los acuerdos entre el Gobierno y las FARC firmados en La Habana y las conversaciones con el ELN.

Inaugurada en el Teatro Colón con “Palabras, música y canto por la Paz”, itineró por el Aula Magna de la Universidad Jorge Tadeo Lozano, la Fundación Gilberto Alzate Avendaño, y el Teatro La Candelaria. En impactante polifonía de voces, fue una vitrina interactiva, en la que treintiocho proyectos culturales emblemáticos, con experiencias transformadoras realizadas por las comunidades o los artistas, a lo largo y ancho de toda Colombia, fueron expuestos por sus protagonistas.

Así, mostraron su quehacer artistas de la talla del músico César López, quien defiende que “La paz es posible en la medida en que se construya desde las fibras más sensibles de la sociedad”. Compositor e instrumentista, creador de la *escopetarra* –un arma de fuego convertida en guitarra– ha puesto su carrera en función del restablecimiento de la memoria colectiva y la cicatrización de heridas provocadas por la guerra. Con músicos populares de lugares recónditos, como los del municipio Buenos Aires, del Valle del Cauca, ha rescatado la memoria sonora de territorios que han soportado el impacto del conflicto armado, con historias que se hacen visibles y convierten el dolor en arte.

Las mujeres de La Tremenda Revoltosa, batucada feminista de Ochy Curiel, derrocharon fuerza percusiva y proyección física y vocal, para afirmar los derechos de la mujer y rebelarse frente al feminicidio, la violación y otros crímenes de género.

El cantautor Julián Rodríguez contó de su creación del Coro de Mil Niños y Niñas de Cali, impresionante empeño pleno de belleza y alegría, que alimenta el espíritu, cura traumas y previene

² Ver dosiers “La paz en Colombia”, *Casa de las Américas* n. 279, abr.-jun. 2015, pp. 19-51 y “Teatro y reflexión para la paz de Colombia”, *Conjunto* n. 176, jul.-set. 2015, pp. 14-51.



Al centro, una imagen del Festival Selva Adentro, 2018

Abajo, César López en la Cumbre. Foto Francesco Corbeletta

riesgos para la infancia en el Valle del Cauca. Mostró videos de las actuaciones, repartió globos y puso al auditorio a cantar junto con los niños.

El teatro validó elocuentes representaciones contra la barbarie. En la puesta en escena de *Antígonas, tribunal de mujeres*, del Teatro Trama-luna, bajo la dirección de Carlos Satizábal, nueve mujeres –de ellas, seis víctimas que procesan testimonios reales, con la ayuda de tres actrices–, denuncian variantes de crímenes: desapariciones forzadas y asesinatos de jóvenes reclutados y asesinados disfrazados de guerrilleros, mal llamados falsos positivos, que las Madres de Soacha han llevado a los tribunales internacionales; el genocidio contra los miembros de la Unión Patriótica; represión contra estudiantes, y la persecución y muerte a abogados de Derechos Humanos.

El reconocido bailarín y coreógrafo Álvaro Restrepo, entre los más grandes de la danza contemporánea en la América Latina, disertó sobre los principios de su Colegio del Cuerpo, establecido en Cartagena, y en el cual más que defender una escuela de danza contemporánea, impulsa una escuela contemporánea de danza, que va mucho más allá de la técnica. Interpretó una obra suya estrenada en 1986 en el Teatro La Candelaria: *Divertimento trágico*, basada en el capítulo 68 de *Rayuela*, de Julio Cortázar, y en el cual la palabra aliterada contrapuntea con el movimiento y consigue una presencia imponente. También, dos de los bailarines profesionales que trabajan con él, danzaron sobre el tema de Leonard Cohen “*Alexandra leaving*”, relectura del poema “*The God Abandons Antony*”, de Kavafis.

Una hermosa recreación del drama de los desplazados, estilizada a través de la escena, la danza y el movimiento, pudo verse en el documental *Huellas*, que recoge el trabajo con las víctimas, emprendido por Patricia Ariza y varias actrices de la Corporación Colombiana de Teatro por más de dos décadas.

El bailarín y promotor Camilo Durango contó la aventura de fundar el Festival Selva Adentro del Chocó, y mostró videos del teatro construido con medios naturales al que han llegado destacados grupos y artistas para compartir su trabajo, y cuya supervivencia como espacio de paz defienden cada día, mientras preparan otra edición del evento, en los próximos días.

Más de cien invitados y un millar de inscritos concurrieron a la Cumbre para compartir propuestas que restituyan la trama social resquebrajada por el desafecto y la violencia. De la

reflexión de la arquitecta y humanista Lucía González Duque sobre la dimensión cultural y artística de la Comisión de la Verdad, a la intervención de dos ex miembros de la FARC, integrantes de COMUNARTE, que luego de denunciar el asesinato reciente de siete de sus compañeros, expresaron su voluntad de que la palabra y el arte sean sus únicas armas de lucha. Cada participación aportó, de primera mano, sobre cómo el arte logra transformar imaginarios impactados por el conflicto en cultura de paz.

Llegadas de otras latitudes, Perla de la Rosa (Telón de Arena, Ciudad Juárez, México), expuso sobre el papel del arte y el teatro en el tejido social de su ciudad; la actriz y directora Roxana Pineda, del cubano Teatro La Rosa, representó *Hojas de papel volando* y cantó a Silvio y Violeta Parra en las polifonías que integran el arte a las sesiones de discusión política; y yo con “La Casa de Haydee” reconté el rol de la Casa de las Américas para validar y hermanar la cultura de nuestros pueblos.

En vísperas de un cambio de gobierno que se avizoraba arriesgaba lo avanzado hasta ahora, como ejercicio colectivo de denuncia contra los crímenes que se cometen regularmente contra activistas sociales en todo el país, y en exigencia al Estado para que cumpla lo firmado en los Acuerdos de Paz, para garantizar la reinserción social de los guerrilleros que entregaron las armas, la Cumbre Nacional Arte y Cultura por la Paz, la Reconciliación y la Convivencia fue un alerta a la conciencia ciudadana y demostración fehaciente del rol del arte y la cultura.

BRASIL EN SEPTIEMBRE: DE MIRADA A CRÍTICA EN MOVIMIENTO

El Festival Iberoamericano de Artes Escénicas Mirada tuvo su edición quinta del 5 al 15 de septiembre en la ciudad portuaria de Santos. Cuarentiún espectáculos del Brasil y otros doce países, con Colombia como homenajeado –nueve montajes y una instalación–, se programaron por el SESC para “reflejar la complejidad de los procesos y tensiones contemporáneas” y en la creencia del arte como vector de celebración, cambio y resistencia.³ A los montajes, en amplio espectro de lenguajes, se unieron acciones formativas: talleres, mesas redondas y otras formas de transmisión e intercambio artístico.

³ El texto de *Chanchó*, de Lorenzo Ariel Muñoz, presente por Bolivia en Mirada, es el libreto de esta entrega.

La ciudad de los otros,
de Sankofa (Colombia).
Foto: Matheus Jose Maria



Con el promotor y gestor Danilo Santos de Miranda –director del SESC Sao Paulo– al frente, cuantiosos recursos y la magnífica infraestructura que pone la organización gremial de los comerciantes en función de la cultura, Mirada es uno de los más potentes eventos teatrales en la región. Nacido del modelo del FIT de Cádiz y con un consejo directivo que integran, junto a Santos de Miranda, Pepe Bablé, Isabel Ortega y Ramiro Osorio, reúne mucho de lo que se crea en la región, y acerca a programadores, en numerosísima presencia.

Preto, de la Companhia Brasileira de Teatro, con dramaturgia de Marcio Abreu, Grace Passô y Nadja Naira, y dirección del primero, denuncia el racismo y la segregación frente a muchas otras diferencias. En roles protagónicos Grace Passô y Renata Sorrah –estrella de telenovelas–, una negra y otra blanca, secundadas por un eficaz equipo actuarial, construyen una puesta que desafía conceptos y valores prestablecidos en permanente conflicto con la vida. Racismo, sexismo, machismo, homofobia, clasismo, así como la crueldad y los clichés de los medios masivos se ponen en cuestión en medio de una vigorosa dinámica corporal y musical, que por momentos interviene la platea.

El más reciente montaje del maestro casi nonagenario Antunes Filho con su Centro de Pesquisa Teatral parte de la pieza del francés Jean-Luc Lagarce, *Eu estava em minha casa e esperava que a chuva chegasse*, y destaca su vocación investigativa en teatralizar una palabra de alta calidad literaria, que narra y ostenta la narratividad en provocación sensorial, y el nivel actoral. Cinco actrices encarnan a la madre, tres hijas y un personaje impreciso –abuela, tía o criada–. La espera compartida de la llegada del hijo expulsado por el padre culmina con su retorno, muerto, y se disputan memorias y lamentos, mayormente monologados. En un amplio espacio de piso cuadriculado, rodeado por una cenefa florida en lo alto, treintisiete sillas metálicas blancas, que recuerdan las antiguas de los hospitales, y una mesa de madera son los únicos elementos. El espectador avezado rememora el encierro de Bernarda, la espera de tres hermanas rusas y, gracias a un estandarte rojo, a ciertas madres brechtianas.

Siempre en derroche experimental, la creación del dramaturgo y director uruguayo-francés Sergio Blanco deslumbra por su factura y su capacidad catártica. Su reciente éxito *El bramido de Düsseldorf* estuvo en Mirada. Escrita y llevada a escena por él con un magnífico trío de actores: Gustavo Saffores, Soledad Frugone y Walter Rey, la trama se bifurca en infinitas historias llenas de referentes que relativizan la verdad. Narración y representación se confunden en vertiginoso

argumento, en el que coexisten horror e ironía, drama y humor. El creador construye un “pacto de mentira” desbordado de erudición e ingenio, y logra articular la palabra a un discurso espectacular en el que la imagen y la música son complementos y puntos de fuga, rupturas que permiten reponernos del vértigo y pensar otros trasfondos. La blancura inmaculada del espacio nos remite, por contraste, a zonas oscuras del devenir humano.

Mirada acogió un montaje de una escena poco conocida, a consecuencia del prolongado aislamiento vivido por Paraguay en medio de la cruenta dictadura militar. *Cine Splendid*, con texto de Sara Pinheiro y dirección de Pablo Lamar y Ricardo Alves Jr. es una coproducción con Brasil que recrea un episodio real de violencia, con apoyo del libro *El crimen del cine Splendid. Stroessner, los nazis y el Paraguay de los años 60*, de Juan Marcos García. La puesta, juvenil, incorpora el lenguaje cinematográfico, muestra cómo funcionaron las narrativas mediáticas como instrumento de propaganda del régimen, y debate cómo mientras muchas personas y sectores aparentaban vivir en total normalidad, el país se desangraba por la violencia y el horror. Lanza varias preguntas, entre ellas una muy actual: ¿Cómo fueron construidas la apatía y la ceguera de la clase media latinoamericana?

De la amplia presencia colombiana me conquistó el vigor y el ritmo de la danza urbana y negra de Sankofa, en *La ciudad de los otros*. Recrea tensiones sociales y raciales, en contraposición al estallido festivo de los cuerpos, que se deslizan, se fusionan y vuelan conducidas por Rafael Palacios. Me desconcertó la reiteración debilitada de recursos en la narrativa hiperrealista de *La Maldita Vanidad*, bajo la guía de Jorge Hugo Marín, presente con el díptico *Dramas Neo-costumbristas de carácter fatal*, integrado por *Nos hemos olvidado de todo* y *Promesa de fin de año*. Me atrapó el juego con el espacio, aún no del todo resuelto, que proponen los jóvenes de Los Animistas en el montaje multidisciplinar *Souvenir asiático*, con dramaturgia de Martha Márquez y dirección de Javier Gámez. Como piezas de un rompecabezas, las escenas fragmentarias develan rasgos del drama migratorio en distintos contextos y circunstancias, y apelan a la sensorialidad colectiva.

Me incomodó la inmersión en el teatro de lo real realizada por Mapa Teatro con *La despedida*. Como culminación del proyecto Anatomía de la

violencia, el grupo investiga la creación por el Ejército de Colombia de un museo en el antiguo campamento El Borugo, que había sido una base militar de la guerrilla y en la que radicara uno de sus principales comandantes. La puesta recrea las circunstancias absurdas del lugar, convertido en espacio de representación por los soldados para los visitantes. Pero en el interés de focalizar la violencia que padece Colombia y sus causas, manipula la historia al responsabilizar a la izquierda histórica, a través de muchos de sus líderes, vistos como lamentables fanticos, en sesgada, banal y obscena lectura.

Concluida mi participación en Mirada, dejé Santos camino a Sao Paulo, donde ocupé mi tiempo hasta el próximo evento en intensa actividad académica. En el Programa de Posgraduación de la Escuela de Comunicación y Artes de la Universidad de Sao Paulo dicté el seminario “Prácticas y tendencias de la escena latinoamericana contemporánea”. El intercambio con profesores y maestrantes me confirmó la activa búsqueda investigativa que sitúa a las universidades brasileñas en lugar destacado de las exploraciones teóricas en relación con sus praxis escénicas. En la Escuela de Teatro Célia Helena,



Preto, Companhia Brasileira de Teatro. Foto: Tiago Lima

referente en la formación actoral con cursos de grado y especialización, encontré amigos y colegas, e impartí una charla sobre la escena y la realidad cubana en el contexto latinoamericano, que concluyó en animado diálogo con maestros y estudiantes.

Por gentileza de la Gerencia de Acción Cultural del SESC vi teatro en varias de sus unidades en Sao Paulo. Y por invitación de teatreros a quienes me unen antiguos vínculos, visité la Oficina Cultural Oswaldo de Andrade y el Condominio Cultural. La primera es un centro cultural y de formación artística del barrio Bom Retiro, recuperado por la Secretaría de la Cultura a partir de una hermosa edificación histórica en 1987. Allí aprecié la activa postura de género del equipo liderado por Silvana García, directora, dramaturga e investigadora, al representar *Señora X, señorita Y*, con agudo sentido del humor.

El Condominio Cultural, en el laberíntico Barrio Anglo Brasileiro, nació hace nueve años por iniciativa de una pareja de artistas que rescataron una edificación abandonada –antiguo escuela, asilo de ancianos y hospital–, para crear una cooperativa que nuclea artistas y combina estudios de artes visuales, talleres de lectura, pequeñas salas de teatro, y un patio lateral, donde asistí al Primer Festival de Música y Humor, que reunió todo un domingo a una selección de payasos, músicos y teatristas presentados durante el año. Basada en una economía de colaboración, con pase de sombrero y gestión de donativos, la institución

se mantiene activa en singular gestión comunitaria. Allí vi a la Trupe Lona Preta con *O Circo Fubanguinho*, maravilla de fusión entre actuación claunesca y música, bajo la conducción de los hermanos Joel y Sergio Carozzi, también actores y excéntricos musicales.

Crítica en Movimiento: Presente, fue mi segundo evento oficial en Brasil, otra oportunidad fecunda de diálogo, a partir de que el evento, curado por el crítico e investigador Valmir Santos y organizado por el activo Núcleo de Artes Escénicas de Itaú Cultural, liderado por Galiana Brasil y con producción de Natalia Souza y un valioso equipo, incluyó seis mesas de debate, seis espectáculos y la lectura dramática de una pieza de Plínio Marcos, a quien se dedicó uno de los espacios reflexivos.

Creado con el fin de analizar y calibrar la dimensión del arte y la cultura en tiempos de inestabilidad política –en su segunda edición, del 26 de septiembre al 7 de octubre– movilizó a profesionales de la escena, gestores, estudiantes, espectadores comunes y pensadores de otros saberes para debatir sobre cómo incide el momento sociopolítico en la creación poética del teatro.

Llegado de Cuba, me acompañó el grupo Trébol Teatro, que guía el dramaturgo y director Yúnior García. Su obra *Jacuzzi* tuvo en el evento –curada a partir de la presentación en Mayo Teatral 2018– su primera confrontación internacional. Disfruté la conexión inmediata de los espectadores con los temas y las tensiones de los temas y los personajes –a cargo del propio Yúnior y de Víctor Garcés y Yanitza Serrano–, y juntos comprobamos su alcance universal por la naturaleza humanista de los planteos. La presencia de la Isla se completó con mi intervención sobre dos exponentes de la escena joven en Cuba: Trébol y El Portazo, y su sintonía crítica, acompañada por imágenes en video, como parte de la mesa El gesto artístico y la realidad latinoamericana, compartida con Cecilia Boal y Stella Fischer y con mediación de Ilana Goldstein.

Sobresaliente fue la función de *Navalha na carne negra*, adaptación de José Fernando Peixoto de Azevedo a partir de *Navaja en la carne*, de Plínio Marcos, llevada a un contexto negro y pobre, marcadamente marginal, en el que los personajes no son solo víctimas, sino luchadores perpetuos. La puesta de Azevedo, con memorables actuaciones de Lucelia Sergio, Raphael García y Rodrigo dos Santos, conduce a sus personajes por un juego interminable de subordinaciones

Lugar nenhum, Companhia do Latão (Brasil).

Foto: Sérgio de Carvalho



y subalternidades, lo que hizo emerger otra vez el debate contra el racismo y la discriminación –frecuentes en estos tiempos del Brasil–, articulado con conflictos sociales y económicos de un sistema en el que el ser humano no es el centro.

La mesa Actualidad de Plínio Marcos, “reportero de un tiempo malo”, contó con intervenciones de su viuda y colaboradora, la actriz Walderez de Barros y del profesor e investigador Alcir Pécora. Abundaron sobre la escritura de esta y otras piezas, y se mostró la colección de todo su teatro.⁴ Supimos también que Plínio y Nelson Rodrigues compartieron una singular relación, además del gusto por el fútbol. Cada noche, cuando concluía un partido televisado, Plínio llamaba a Nelson y hablaban boberías por un buen rato. En relación con la actualidad del dramaturgo expresaron que las obras de Marcos no solo permanecen, sino que la realidad se tornó más grave que la de su época.

Como en setenta ciudades brasileñas, las mujeres centraron el 29 de septiembre una enorme marcha contra el avance y el fortalecimiento del machismo, el racismo, la homofobia y otros prejuicios, con el lema “Ele não” previ(ni)endo el futuro cercano, y rica en expresiones performativas.

Tuve otro clímax como espectadora con *Lugar Nenhum*, el estreno más reciente de la Companhia di Latao, escrito y dirigido por Sérgio de Carvalho. Brillantes actuaciones de Helena Albergaria y Ney Piacentini lideran una alegoría de la apatía social de esta época. El hermoso texto de Carvalho parte de pasajes de obras de Chéjov: *El tío Vania* y *La gaviota*, y de fragmentos de sus diarios, rescritos desde una relectura política. Ubicado en las postrimerías del régimen militar (1964-1983), alude a circunstancias de hoy, ligadas al *impeachment* y al retroceso social del Brasil.

Una casa de playa de clase media es lugar de reunión de una familia y amigos, con motivo del cumpleaños del hijo, estudiante de medicina en crisis vocacional y existencial, y el encuentro desvela las frustraciones y proceder errados, que han sumido a cada uno en una suerte de melancolía de la que son conscientes, pero incapaces de revertir en acción. Lanzan críticas en todas direcciones, sobre todo para justificar sus estancamientos; juzgan la realidad y el teatro, y se consumen en un tedio intelectualizado, que sobrecoge por lo que refracta de realidades

conocidas para los espectadores, y que van de lo político a lo existencial.

La hermosa escenografía de Valdeniro Paes y el director, también responsable de la iluminación, y la música de Cau Karam y Nina Hotimsky, que interpretan en vivo como personajes, contribuyen a un intenso clima, en el drama entre utopía y realidad que marca los sentimientos de pérdida.

MÉXICO EN OTOÑO:

X ENARTES Y 39 MUESTRA NACIONAL DE TEATRO

El Encuentro de las Artes Escénicas que organizan numerosas instituciones de la cultura y el teatro, coordinado por Juan Meliá, eficiente director del FONCA, arribó a su décima edición del 27 al 31 de octubre, para construir “foros de colaboración y estrategias de gestión para incentivar el profesionalismo, fortalecer la creación y extender la presencia de las producciones escénicas de nuestro país”.⁵ Incluyó danza, calle y circo, interdisciplina y nuevas tecnologías, música, espectáculos para niños y jóvenes, y teatro. Con excelente organización, programó cuarentinueve espectáculos, y puso a dialogar a ciento veinte líderes de grupos y promotores con igual número de programadores internacionales y ochenta nacionales. Además, sesionó el coloquio Construyendo puentes, cruzando fronteras, tres talleres y otras citas.

Vi los nuevos aires de la Compañía Nacional de Teatro, que invitó a la joven directora Laura Uribe, líder de *Proyecto Sed [Encuentro de aguas]*, con la que nos hace parte de un ejercicio cívico y anticapitalista para preservar el agua. Rencontré a Carretera 45, esta vez en su sede de la Colonia Obrera, con *La epopeya de los recicladores* y el hermoso diálogo poético, con reminiscencias de una estética de los años 70, que crea Antonio Zúñiga para reconstruir un universo de horror.

La 39 Muestra Nacional de Teatro eligió por primera vez como sede a la capital, para validar su papel como centro de gravedad escénico, del 1 al 10 de noviembre. La dirección artística y curatorial, integrada por Adriana Duch, Mariana Hartasánchez, Luisa Huertas, Ángel Hernández y Ramiro Osorio, hizo pública su visión del teatro nacional como un inmenso mosaico constituido por vertientes poéticas locales, temáticas específicas y modelos de producción particulares. Eligieron veintitrés obras, ordenadas en cinco

⁴ Ver en este número Alcir Pécora: “A propósito de la edición de las *Obras Teatrales* de Plínio Marcos”.

⁵ María Cristina García Cepeda: “México: Encuentro de las Artes Escénicas 2018”, presentación del catálogo, Ciudad de México, octubre 2018, p. 7.

Sed,
Compañía Nacional
de Teatro
(México)



La epopeya de los recicladores,
Carretera 45 (México)



líneas: Escena documental: testimonio, memoria e identidad: procesos de investigación y creación escénicas; Escena experimental: creación colectiva y lenguajes interdisciplinarios; Teatro contemporáneo basado en lenguajes tradicionales; Teatro para niños, niñas y adolescentes, y Teatro poético que dialoga con su contexto. Hubo también acciones artísticas especiales, obras invitadas y ganadoras de las muestras regionales, hasta un total de treintidós.

El encuentro de reflexión e intercambio, con seis mesas y experiencias, y el laboratorio de crítica conducido por Luz Emilia Aguilar Zinser, sesionaron en paralelo con el 7º Encuentro de Programadores y Gestores Nacionales e Internacionales, al que acudimos más de cincuenta.

Por si fuera poco, la Libre Muestra agregó veintinueve montajes, programados en la Red de Espacios Culturales Independientes de la Ciudad de México.

La maestra Raquel Araujo, líder del Teatro de la Rendija, de Mérida, recibió la Medalla Xavier Villaurrutia por su destacada aportación al teatro mexicano, y se celebró el centenario del Teatro de la Ciudad Esperanza Iris.

De lo mostrado, anticipo el placer de otra recuperación local de un clásico: *Algo en Fuenteovejuna*, del joven director Fernando Bonilla, que me recordó el brillante *Mendoza* de Los Colochos, con corridos, multimedia y crudo realismo, para refuncionalizar a Lope de Vega y el compromiso colectivo de justicia, en el contexto de las autodefensas y el pasado reciente de Michoacán.

La llegada a la presidencia de López Obrador y el Movimiento Regeneración Nacional, con el anuncio de cambios en la “Cuarta Transformación”, signan para México un potencial de esperanza que se respira en el aire y, si bien aún no se percibe en el teatro, pronto dejará su marca. 📺